

«Sucre ad Portas»: Realismo y patriotismo durante la ocupación colombiana de la ciudad de Arequipa, 1823

“Sucre ad Portas”: Royalism and patriotism during the Colombian invasion of the city of Arequipa, 1823

Víctor Condori

Universidad Nacional de San Agustín, Perú

jcondoricondo@unsa.edu.pe

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-8408-5114>

A partir de 1820, el proceso de Independencia en el Perú, iniciado una década atrás, ingresó a una nueva fase caracterizada por el arribo de ejércitos extranjeros, la constitución de los primeros gobiernos independientes y el envío de expediciones militares con destino a las regiones controladas aún por las fuerzas realistas. En ese contexto, la ciudad de Arequipa, «la muy noble y muy leal», sería ocupada por un ejército proveniente de la Gran Colombia y durante casi 40 días. Tiempo en el cual, las autoridades y población local debieron de enfrentar todas las vicisitudes propias de una ciudad tomada, lo que al final terminaría por definir su posición política frente a la guerra y la nueva patria.

PALABRAS CLAVE: Virreinato del Perú; independencia; realistas; patriotas; invasiones; Arequipa.

Beginning in 1820, the independence process in Peru, which began a decade ago, entered a new phase characterized by the arrival of foreign armies, the constitution of the first independent governments, and the sending of military expeditions to regions controlled by royalist forces. In this context, the city of Arequipa, “the very noble and very loyal”, would be occupied by an army from Gran Colombia and for almost 40 days. Time in which the local authorities and the population had to face all the vicissitudes of a taken city, which in the end would end up defining their political position in the face of the war and the new homeland.

KEYWORDS: Viceroyalty of Peru; Independence; Royalists; Patriots; Invasions; Arequipa.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO/CITATION: Condori, Víctor, ««Sucre ad Portas»: Realismo y patriotismo durante la ocupación colombiana de la ciudad de Arequipa, 1823», *Anuario de Estudios Americanos*, 81, 1, Sevilla, 2024, e09. <https://doi.org/10.3989/aeamer.2024.1.09>

Recibido: 24/04/2023. Aceptado: 10/11/2023. Publicado: 22/10/2024.

Introducción

La última fase de la guerra de Independencia en el Perú se inició a fines de 1820, con el arribo de una pequeña fuerza expedicionaria compuesta por poco más de 4.000 soldados provenientes del puerto de Valparaíso, financiada por el gobierno autónomo de Chile y bajo la dirección del militar argentino José de San Martín y del marino escocés, Tomás Cochrane. A partir de ese momento, las autoridades virreinales del considerado mayor centro de poder español en América, se vieron obligadas a adoptar una posición más bien defensiva, mientras el territorio peruano terminaría convirtiéndose por fuerza o necesidad, en el principal escenario de sangrientos y desgastantes enfrentamientos entre los ejércitos patriota y realista; situación, que habría de extenderse por los próximos cuatro años.

En el ínterin, el último virreinato de América quedaría dividido en dos espacios bien definidos, la costa central y norte bajo control de un gobierno independiente y el resto del territorio, incluida la Audiencia de Charcas —la actual Bolivia—, bajo la administración de las autoridades reales. Así las cosas, en agosto de 1823, la «Fidelísima» ciudad de Arequipa, fue ocupada pacíficamente por cerca de 3.000 soldados colombianos al mando del general venezolano Antonio José de Sucre, como parte de un ambicioso proyecto, ideado por el gobierno de Lima con el objetivo de expulsar a las tropas realistas de toda la sierra sur. Durante más de un mes, el futuro Mariscal de Ayacucho se dedicaría de un lado, a extraer de la ciudad los necesarios recursos materiales y humanos y del otro, ganar los corazones y las mentes de los arequipeños a favor de la causa de la libertad; muy a pesar del esfuerzo y sus necesidades, el jefe patriota se vio obligado a abandonar precipitadamente la región a principios de octubre, sin haber conseguido ni lo uno ni lo otro. Todo lo contrario, dejaría tras de sí una comunidad desconcertada y muy poco convencida de las bondades del nuevo régimen.

En ese sentido, el presente trabajo de investigación busca comprender en la medida de nuestras posibilidades los factores que llevaron a la ocupación militar de la ciudad de Arequipa por fuerzas provenientes de la República de Colombia, muy a pesar de haberse mantenido hasta entonces, alejada de los principales escenarios de la guerra; asimismo, explicar las diferentes vicisitudes que enfrentaron sus habitantes y autoridades durante el tiempo que duró la presencia insurgente dentro de la provincia y finalmente, reflexionar en torno al verdadero alcance del movimiento de independencia en el Perú, a partir de la experiencia de una de sus ciudades más importantes.

Para el desarrollo del presente trabajo de investigación, se ha hecho uso de fuentes mayormente primarias, tanto manuscritas como impresas. Las primeras de ellas, obtenidas de los principales archivos de la ciudad de Arequipa, mientras las segundas, de numerosas memorias pertenecientes a protagonistas y testigos presenciales de tales hechos, tanto civiles como militares, realistas como patriotas; así también, fueron muy importantes los partes militares, a través de los cuales ciertos oficiales informaban en detalle respecto a los factores que llevaron al resultado final de una batalla o campaña. Asimismo, y como complemento del mencionado estudio, ha sido de gran ayuda, la información obtenida de la voluminosa Colección Documental de la Independencia del Perú.

La ciudad de Arequipa frente a la Independencia

Los primeros trabajos de investigación acerca de la guerra de la Independencia en Arequipa, tuvieron su origen en las conmemoraciones por el sesquicentenario de la Independencia del Perú (1971) y, no obstante, el tiempo transcurrido, la producción es todavía bastante modesta, fragmentada y se ha centrado principalmente en la ciudad de Arequipa, sin llegar a abordar el proceso en su totalidad. Así, buena parte de estos trabajos e incluso, compendios de historia local, se han orientado hacia el periodo comprendido entre el inicio de la crisis política española (1808) y el restablecimiento del absolutismo en el Perú (1815). Por ejemplo, la monumental Historia General de Arequipa presenta una visión bastante laxa de los principales acontecimientos políticos ocurridos en el

Perú durante este periodo, con escasa información sobre la participación del vecindario;¹ contrariamente, en la breve Historia Mínima de Arequipa, se resalta la activa participación de la comunidad arequipeña a través de la entrega de donativos y la formación de destacamentos militares, a fin de hacer frente los tempranos movimientos independentistas surgidos en algunas provincias cercanas como Tacna, Cuzco y La Paz.² A ese respecto, el historiador Helbert Suyo ha concluido hace unos años, una investigación sobre la situación de Arequipa en el contexto de la revolución cuzqueña de 1814 y en un reciente trabajo, llamó la atención respecto al carácter realista de la ciudad, resaltando la importancia de ciertas conspiraciones y rebeliones ocurridas en la región durante aquella particular época.³ De la misma forma, la producción historiográfica de Fernando Calderón, ha girado en torno al Cabildo de la ciudad, a los cambios producidos en su estructura y la activa participación en distintos momentos críticos, como durante el llamado «Bienio Trascendental» (1808-1810).⁴

Un estudio más amplio, ha sido realizado por Guido Riveros, cuyo marco cronológico se extiende entre 1809-1824 y en él, destaca por encima de otras instituciones, la importancia del municipio arequipeño en su labor de reclutamiento de tropas, acopio de armas, cobro de contribuciones y hasta la defensa de la ciudad; sin embargo, al tomar casi toda su información de los libros y sesiones de la referida institución, el trabajo pierde de vista el contexto general de la guerra y algunos hechos más bien particulares, como la ocupación colombiana de la ciudad.⁵ En ese sentido, una de las mayores contribuciones al conocimiento de este periodo, sigue siendo la tesis aún inédita de John Wibel, quien dedica dos sendos capítulos al tema de Arequipa en el contexto de la Independencia. En el segundo de ellos, que comprende los años de 1820 a 1824, el autor nos aproxima como muy pocos trabajos, a la situación política, social y económica que se vivía en la región; lamentablemente, al no tener a la guerra como su temática central, el estudio en mención proporciona muy poca información sobre las acciones militares, como las distintas invasiones patriotas a la provincia.⁶ Que no es el caso de Guillermo Zegarra Meneses, quien, en uno de los estudios más tempranos sobre la Independencia en Arequipa, dedica un corto capítulo a la «visita» del general Sucre a la ciudad, donde describe, por ejemplo, las actividades del jefe venezolano y su relación con el vecindario local; para ello, utiliza como fuente de referencia no solo cartas o memorias, sino también, relatos literarios, verbigracia, las Tradiciones de Ricardo Palma.⁷ Finalmente, están los trabajos de Víctor Condori, aunque centrados en la última etapa de la Independencia (1821-1824), tienen como objetivo, más bien, comprender el impacto de la guerra en la economía regional.⁸

Luego de este breve estado de la cuestión, pasaremos a conocer aspectos generales de la ciudad y su entorno. Arequipa, «la muy noble y muy leal», «la fidelísima», era capital de la Intendencia del mismo nombre y se encuentra a más de un millar de kilómetros al sur de la ciudad de Lima y unos 120 km al oeste del océano Pacífico; geográficamente, se ubica a mitad de camino entre la costa y algunas regiones sur andinas como Cusco, Puno y La Paz. Según la visita general del año 1792, tenía la ciudad una población de 22.030 habitantes, de los cuales el 71,4 % fue registrada como española, un 18,7 % como mestiza y el resto lo conformaban negros y mulatos, libres y esclavos (10 %).⁹ Era el porcentaje de población española más alto de todo el virreinato.

La economía de la región, basada en el comercio de importaciones —los llamados «efectos de Castilla»—, la agricultura de pan llevar y, principalmente, en la producción de vinos y aguardientes, antes del inicio de los primeros movimientos a favor de la Independencia (1809), se hallaba plenamente integrada dentro de un vasto circuito comercial que tenía como epicentro los ricos yacimientos mineros de la Audiencia de Charcas y en él, participaban de manera activa y desde hacía varios

1 Neira Avendaño *et al.*, 1990.

2 Meza y Condori, 2018.

3 Paredes y Suyo, 2018, Suyo, 2020.

4 Calderón, 2010; 2017.

5 Riveros, 2017.

6 Wibel, 1975.

7 Zegarra Meneses, 1971.

8 Condori, 2010; 2011; 2015; 2021.

9 Brown, 2008, 53.

siglos, comerciantes, negociantes y arrieros procedentes de distintas ciudades y pueblos del sur del Perú, el norte de Chile y el noroeste de la actual Argentina.¹⁰

La Intendencia de Arequipa, ubicada al sur del virreinato, tenía una larga y accidentada costa de más de 1.000 km que se extendía desde los 15° hasta los 21° latitud Sur; administrativamente, se hallaba dividida en siete provincias o subdelegaciones, a saber, Arequipa o Cercado, Camaná, Condesuyos, Caylloma, Moquegua, Arica y Tarapacá. Para esta época, el gobierno local estuvo representado por el intendente Juan Bautista de Lavalle en lo político, el obispo José Sebastián de Goyeneche y Barreda, en lo eclesiástico y el brigadier de los ejércitos del rey, Mariano Ricafort, en lo militar.¹¹ Ahora, con respecto a la conducta política adoptada frente a los eventos que inevitablemente se desencadenarían en Hispanoamérica a partir de 1808 y a diferencia de lo observado en otras regiones del Perú como Lima o Trujillo, la mayor parte de la población arequipeña y sus respectivas autoridades, mantuvieron una inquebrantable fidelidad a la causa real y hasta después de la derrota definitiva del ejército realista en la «desgraciada» batalla de Ayacucho.

Una de las primeras manifestaciones de este fidelismo, se hizo presente durante el levantamiento indígena más importante del siglo XVIII, la llamada «Gran Rebelión», liderada por el cacique indígena José Gabriel Túpac Amaru. Aunque en sus comienzos, dicho movimiento comprometió únicamente las provincias del sur del Cusco, en diciembre de 1780, se difundió en Arequipa la amenazadora noticia sobre el arribo de tropas tupacamaristas a las provincias altas de Caylloma y Condesuyos, ubicadas a escasos 200 km al norte de la ciudad. A fin de hacer frente aquella potencial amenaza, las autoridades, vecinos y residentes de la ciudad y sus alrededores, en pocas semanas lograrían reunir decenas de miles de pesos en calidad de donativos, cuantiosos bastimentos y pertrechos, y como si no fuera suficiente, enviaron tres expediciones militares integradas por milicias locales, con el objetivo de combatir a las fuerzas rebeldes y sus aliados, tanto en las provincias altas de la Intendencia, la región de Puno e incluso, un poco más lejos, en la ciudad de La Paz, que durante gran parte de 1781 estuvo sometida a un despiadado sitio.¹² Gracias a esta última expedición, conformada por casi 2.000 efectivos, entre oficiales y tropa, se pudo levantar el mencionado sitio y la ciudad de Arequipa en retribución, recibió el apelativo de «Restauradora del Collao». Años después, merced a numerosos memoriales enviados por las autoridades locales y alguno que otro donativo, todos aquellos esfuerzos serían finalmente recompensados por la corona española con un nuevo título para su palmarés, el de «Fidelísima».¹³

Casi tres décadas después, en setiembre de 1808, la vida apacible de los habitantes de Arequipa, volvió a ser alterada por una terrible noticia relacionada con la invasión napoleónica a la Península y la abdicación de los reyes españoles a favor del emperador de los franceses. Para hacer frente a aquella trágica situación, el Intendente y los miembros del Cabildo, convocaron a una reunión extraordinaria de todos los vecinos y representantes de las corporaciones más importantes de la ciudad; quienes, en medio de sonoras, sentidas y furibundas protestas, manifestaron su rechazo y condena unánime contra «el engañador y vil emperador de los franceses» y de inmediato, procedieron a realizar un sincero juramento de fidelidad y reconocimiento público al legítimo soberano

10 Los mayores valles productores de vinos y aguardientes en la región, fueron Vitor, Majes y Moquegua, que, en vísperas de la Independencia, alcanzaron una producción de 500.000 botijas de vino, por un valor estimado en 1.500.000 pesos. La misma que era comercializada casi en su totalidad en las ciudades, villas, pueblos y campamentos mineros del sur del Perú y la Audiencia de Charcas, como Caylloma, Condesuyos, Puno, Cuzco, La Paz, Potosí y Oruro. Sobre este tema, véase Brown, 2008, 68-78 y 106-120; Buller, 2011, 113-131.

11 Hasta 1818, no existía ningún ejército permanente en la Intendencia de Arequipa, ese año a raíz de la caída de la Capitanía General de Chile en manos del ejército de San Martín y ante el temor de una posible invasión de la costa arequipeña, principal puerta de ingreso hacia los ricos yacimientos mineros del Alto Perú, el virrey Pezuela dispuso la conformación de un destacamento militar conocido como Cuerpo de Reserva, compuesto por cerca de 2.600 soldados distribuido en diferentes provincias y al mando del brigadier Mariano Ricafort. A partir de 1823, este cuerpo pasó a denominarse Ejército del Sur. Colección Documental de la Independencia del Perú (CDIP), 1971, VI:1, 9-226.

12 Del Valle de Siles, 2019, 223-251 y 334-349.

13 Barriga, 1940, 122-124.

Fernando VII, «tan adorado y deseado por sus vasallos».¹⁴ Antes de finalizar la reunión y de común acuerdo entre los cabildantes, se abrió un libro de donativos a fin de registrar todas las cantidades que al calor del momento fueron generosamente ofrecidas. De ese modo, hasta junio de 1810, las donaciones de la provincia de Arequipa «para auxilio de los gastos de la actual guerra contra el emperador de los franceses», habían alcanzado la cifra de 54.318 pesos.¹⁵ Empero, no todos los ofrecimientos patrióticos serían en dinero. En diciembre de 1808, Rafael Gabino Rospilloso y Juan Tordolla y Montenegro, vecinos del pueblo de Caravelí, ubicado a 300 km al norte de la ciudad de Arequipa, redactaron una carta dirigida a la Junta Central de Sevilla, conteniendo una sorprendente propuesta. ¿Cuál era esta? La de organizar un ejército de varios miles de soldados americanos, sin ningún costo para la corona, que debía ser trasladado al Viejo Mundo con el objetivo de luchar contra «ese perverso violador de las leyes», en tierras españolas. Según decían:

De este lugar pueden salir cien hombres sin que le hagan falta, y al respective (sic) de los demás pueblos, villas, y ciudades de esta América, de modo que se pueden conducir a ese reino cuatro o seis mil hombres de guerra costeados todos por los acaudalados de estas tierras, de todo corazón, y con muy buena voluntad en servicio, y defensa de su rey porque sin pensionar a las reales rentas en gasto alguno le sirvan de auxilio en una época tan urgente como la actual en que lo consideramos tan necesitado de él.¹⁶

Lamentablemente, para los intereses y deseos de los suscritos, aquella propuesta fue prontamente desestimada y sobre ella, no se volvería a escuchar una palabra en el futuro. Sin embargo, la población arequipeña continuaría proporcionando valiosos donativos a lo largo de los siguientes años de conflictos, particularmente, durante el gobierno del virrey José Fernando de Abascal (1806-1816), quien en medio de la crisis de la monarquía española se convirtió en el principal defensor de los derechos reales frente a la irrupción de numerosos movimientos separatistas, tanto en el Perú como en otras regiones de América del Sur.¹⁷ Así, de los 443.210 pesos entregados como donativos por las distintas regiones del virreinato con el objetivo de financiar la política contrarrevolucionaria de Abascal, 261.512 pesos (59 %) fueron proporcionados por la Intendencia de Arequipa.¹⁸ Ello, sin contar las cantidades recibidas en calidad de préstamos, que llegarían a bordear los 100.000 pesos en esa misma época y donde, los mayores desembolsos fueron proporcionados por la iglesia arequipeña, que entre 1813 y 1815, entregaría cerca de 31.000 pesos, destinados a solventar parte de las expediciones militares enviadas hacia el sur del Perú.¹⁹

Superada esta primera coyuntura revolucionaria y durante el siguiente quinquenio (1815-1821), la Intendencia de Arequipa volvería a disfrutar de una situación de relativa paz, caracterizada por la apertura de los mercados sur andinos y la liberación de las principales rutas de transporte terrestre, lo que favoreció notablemente la expansión de importantes actividades económicas paralizadas durante los convulsos años de guerra, como la producción de vinos y aguardientes y el comercio de importaciones.²⁰ Si bien, tal situación no sufrió alteración alguna al momento del arribo de la

14 Condena del cabildo por la invasión de los franceses a España, Arequipa, 30 de setiembre de 1808, Archivo Municipal de Arequipa (AMA), Libro de Actas del Cabildo, l. 26, f. 127.

15 Sobre los auxilios entregados para la actual guerra contra los franceses, Arequipa, 14 de junio de 1810, AMA, Libro de Actas de Cabildo, l. 26, ff. 197-199.

16 Tomado de Peralta Ruíz, 2010, 109-111. La mencionada carta, fue entregada personalmente en manos del brigadier José Manuel de Goyeneche y Barrera, quien hacia pocas semanas había llegado al Perú proveniente de la Península, vía el puerto de Buenos Aires y en representación del gobierno metropolitano, a fin de cumplir una delicada misión: asegurar la fidelidad de sus habitantes al rey Fernando VII, obtener la subordinación incondicional de los territorios de ultramar a la Junta Central establecida en la ciudad de Sevilla y remitir la mayor cantidad de donativos en favor de la guerra, que en aquellos momento se libraba en la península contra los franceses. Véase también, Malamud, 1982, 74 y 93.

17 Acerca de las campañas militares del virrey Abascal, véase Díaz Venteo, 1948.

18 Morán, Yarango y Carcelén, 2023, 11-12.

19 Extracto que manifiesta los 44.213 pesos que tienen prestados por la clavería de diezmos, Arequipa, 11 de enero de 1817, Archivo Arzobispal de Arequipa (AAA), Curia Diocesana, Diezmos y Tazmías, n. 18.

20 Hasta inicios del siglo XIX, la producción de vinos y aguardientes en los valles de la intendencia de Arequipa se había mantenido alrededor de las 500.000 botijas anuales, pero en 1816, superaron largamente las 600.000, en parte, a causa de la recuperación de los mercados de Cuzco, Puno y el Alto Perú, convulsionados por levantamientos armados e invasiones desde 1809. Buller, 2011, 379-381.

expedición libertadora proveniente de Chile y encabezada por el general San Martín en setiembre de 1820, todo sería diferente a partir del año siguiente, cuando la región habría de convertirse en un objetivo permanente de las correrías del intrépido oficial inglés, al servicio de la causa patriota, Guillermo Miller,²¹ quien en reiteradas ocasiones y por breve tiempo, ocuparía valles y pueblos de la costa arequipeña con el objetivo de, distraer las fuerzas realistas acantonadas en las provincias del interior, obtener toda clase de recursos materiales posibles y sobre todo, tomar conocimiento del territorio para una posterior invasión.²²

La segunda expedición a Puertos Intermedios

Luego del retiro definitivo del general San Martín en setiembre de 1822, el poder ejecutivo del Perú Independiente fue encargado por el soberano Congreso a una Junta Gubernativa residente en Lima y compuesta de tres miembros; quienes, aprovechando todos los recursos a su disposición decidieron llevar adelante un ambicioso plan, con el objetivo de desalojar a las unidades realistas acantonadas en el Alto Perú, mediante el envío de una considerable fuerza militar desde el *Callao* y en dirección a uno de los puertos ubicados en la costa sur, entre *Ilo e Iquique*. Dicho plan, concebido inicialmente por San Martín, es conocido como la primera expedición a Puertos Intermedios, estuvo compuesta por cerca de 4.000 soldados en su mayoría peruanos y fue encomendada al general argentino Rudecindo Alvarado, hermano de uno de los miembros de la referida Junta. Empero, los conflictos desatados al interior del ejército expedicionario, las indecisiones de su comando y la rápida movilización de las tropas realistas al mando de los generales Valdés y Canterac, llevaron a su inevitable derrota en las batallas de Torata y Moquegua, en enero 1823.²³ Tamaño fracaso, traería consigo no solo la desaparición del llamado Ejército Libertador del Sur, sino también, de la propia Junta Gubernativa. El 26 de febrero de ese año, altos oficiales del ejército peruano que no habían participado en la campaña a Intermedios y se hallaban acuartelados en el pueblo de Balconcillo a pocos kilómetros de la capital, promovieron el primer golpe de estado independiente, obligando al Congreso a destituir a los miembros de la mencionada Junta, para inmediatamente nombrar como presidente de la república, al coronel José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete.

El nuevo presidente, decidido a continuar la guerra contra el ejército español en el Perú, organizó una segunda campaña a los Puertos Intermedios, contando para ello con el apoyo de los principales jefes «peruanos» y la disponibilidad de las primeras remesas de dinero provenientes de un empréstito solicitado a la banca de Londres meses atrás, por 1.2 millones de libras. Dicha expedición, compuesta por poco más de 5.000 soldados, representaba el mayor esfuerzo logístico, bélico y humano, realizado por un gobierno nacional durante la guerra de Independencia²⁴ y tenía como objetivo, retomar con mejores resultados la estrategia iniciada por el gobierno anterior, es decir, trasladar un fuerte contingente militar hacia uno de los puertos de la costa sur, una vez desembarcados, marchar rápidamente en dirección al Alto Perú y finalmente, tratar de derrotar y expulsar a las fuerzas realistas allí acantonadas. A diferencia de la primera expedición, el nuevo ejército de la patria no actuaría solo, contrariamente, sería parte de un esfuerzo coordinado y de carácter multi-nacional.

21 Guillermo (William) Miller, quien nació en 1795 en Wingham, condado de Kent en Inglaterra, había llegado al Perú como parte de la expedición libertadora de San Martín en 1820, estuvo presente en todo el proceso de Independencia que concluyó con la victoria patriota en la batalla de Ayacucho, donde tuvo una destacada participación al mando del regimiento de caballería.

22 Miller, 1975, I: 213-240. Miller, 1975, II:17-36.

23 Con respecto la primera expedición a Puertos Intermedios, revisar, García Camba, 1846, II: 1-24; Paz Soldán, 1870, I:9-38; CDIP, 1974, VI:9, 11-12; Miller, 1975, II:1-15; Vargas Ugarte, 1981, VI:242-251; Sobrevilla, 2021, 124-129.

24 A decir de un testigo presencial, los pasos y actividad de Riva Agüero fueron productivos e infatigables: «Alcanzó la cooperación eficaz de los comerciantes más poderosos y de mayor influencia, extranjeros y naturales; adoptó medidas para hacer efectivo, el malhadado empréstito verificado en parte en Londres; hizo contratos de abastecimientos, y los preparativos para poner en corrientes los transportes que habían de conducir la expedición proyectada, se activaban día y noche». Miller, 1975, II:44.

Antes de su partida, el presidente Riva Agüero, había comprometido a través de diferentes comisionados la cooperación de tres fuerzas «internacionales» que debían confluir de manera simultánea en el Alto Perú, cual se tratara de un gigantesco «movimiento de tenazas». Las fuerzas señaladas serían las siguientes: una primera, enviada por el gobierno chileno del presidente Ramón Freire de 2.500 soldados, la que ingresaría por el puerto de Arica; otra de 1.000 hombres, financiada por las arcas del gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata y avanzaría por la provincia norteña de Jujuy y una tercera, recién llegada al Perú, al mando del general Antonio José de Sucre y compuesta de 3.000 soldados colombianos, que debía aproximarse por Arequipa y Puno.²⁵ Lamentablemente y a pesar de los esfuerzos materiales y humanos invertidos en su organización, además de las esperanzas de éxito depositadas por el novel gobierno peruano, esta segunda expedición terminó en un completo fracaso, con la pérdida irreparable de hombres, armas, pertrechos y animales de transporte;²⁶ debido entre otras razones a, errores estratégicos y de coordinación de su general en jefe, el paceño Andrés de Santa Cruz; una mayor capacidad de movilización, cohesión y liderazgo de las fuerzas realistas al mando del propio virrey José de La Serna; la aparición tardía de las fuerzas expedicionarias chilenas y rioplatenses; la detención en Arequipa de las fuerzas auxiliares colombianas y por si fuera poco, las rivalidades personales surgidas entre los principales líderes patriotas, como ya lo había advertido en su momento el libertador Simón Bolívar.²⁷ Establecido el panorama, en las siguientes páginas seguiremos de cerca el derrotero de una de estas tres fuerzas, la colombiana, dirigida por el general Sucre, desde su llegada al Perú hasta la desocupación de la ciudad de Arequipa, en los primeros días de octubre de 1823.

El 18 de marzo de ese año, se suscribió en el puerto de Guayaquil un convenio entre los representantes del gobierno peruano, Mariano Portocarrero y colombiano, Juan Paz del Castillo; que establecía en líneas generales, el compromiso del país del norte de auxiliar al Perú con 6.000 soldados y «con cuantas fuerzas disponibles tengan, según las circunstancias».²⁸ Como parte de este acuerdo, a mediados del mes de mayo arribó al puerto del Callao una fuerza auxiliar de 3.200 soldados al mando del general Sucre, reciente vencedor de las fuerzas realistas quiteñas en la batalla de Pichincha (1822) y la persona de mayor confianza del Libertador. Desafortunadamente, su llegada se produjo en medio de una situación bastante crítica para el gobierno independiente. ¿La razón? Hacia pocos días se había embarcado con dirección a Arica la mencionada segunda expedición y como consecuencia de ello, la ciudad de Lima quedaría prácticamente desguarnecida, lo que fue aprovechado por las fuerzas realistas acantonadas en la sierra central —valle del Mantaro—, dirigidas por el general José de Canterac, quien, sin ninguna resistencia avanzó con cerca de 9.000 soldados, en dirección a la capital e ingresó a ella, a mediados del mes de junio.

No teniendo cómo hacer frente a la referida invasión, el presidente Riva Agüero, los miembros del Congreso, algunos vecinos limeños y el propio ejército auxiliar colombiano, se encaminaron hacia la costa en busca de seguro refugio dentro de las instalaciones de la inexpugnable fortaleza del Real Felipe del Callao. Ya en su interior, las rivalidades, resentimientos e intrigas contenidas largo tiempo, desataron una inevitable guerra civil entre el presidente Riva Agüero y los miembros del Congreso, encabezados por el sacerdote arequipeño y líder de la oposición Francisco Xavier de Luna Pizarro. Esta guerra de palabras, derivó en un verdadero cisma político con la destitución de Riva Agüero, el nombramiento de Sucre en calidad de jefe político y militar y del marqués de Torre Tagle —noble limeño y antiguo aliado de San Martín—, como nuevo presidente. Un mes después, concluida la invasión realista de la capital y retomado el control político de la región, el general Sucre ordenó poner en movimiento sus tropas con rumbo a la costa arequipeña, a fin de dar alcance a la segunda expedición comandada por el general Santa Cruz. El 20 de julio, a la cabeza de 3.000

25 Acerca del plan internacional de Riva Agüero y las expediciones auxiliares, García Camba, 1846, II: 79; Pruvonena, 1858, I:151-156; Proctor, 1920, 174; Paz Soldán, 1870, I:65-88 y 136-140; Bulnes, 1897, 107-149.

26 Los aspectos generales de la segunda expedición a Puertos Intermedios, Paz Soldán, 1870, I:105-128; Bulnes, 1897, 209-264 y 267-322; Miller, 1975, II: 49-68; Vargas Ugarte, 1981, VI:257-282; Sobrevilla, 2021, 130-135.

27 Bolívar, 1950, I:751-753.

28 O'Leary, 1883, XIX:475-476.

soldados entre colombianos, chilenos y peruanos, se embarcó en el puerto del Callao, no sin antes delegar sus poderes militares recientemente adquiridos en la persona del marqués de Torre Tagle. Unas semanas antes, burlando el control de las fuerzas enemigas que todavía ocupaban la ciudad de Lima, el general venezolano se las ingenió para enviar como fuerza de vanguardia, varios destacamentos de artillería y caballería al mando del general Guillermo Miller.

El punto de encuentro señalado por ambos jefes patriotas fue Chala, una pequeña caleta ubicada a más de 600 km al sur de Lima, donde arribó Sucre el día 2 de agosto. Ya en el lugar, el general en jefe finalmente tomaría conocimiento sobre la ubicación y real estado del ejército de Santa Cruz; quien, ignorando las instrucciones otorgadas por el presidente Riva Agüero antes de su partida, luego de ocupar brevemente la ciudad de Moquegua, avanzaba de manera incontenible hacia el Alto Perú, sin esperar la llegada de las tropas colombianas.²⁹ Frente a aquella imprevisible situación, Sucre dispuso que las tropas de infantería continuaran su navegación en dirección a Quilca, el principal puerto de la Intendencia, mientras el general Miller al mando de un escuadrón de caballería, debía marchar por tierra hasta las proximidades de la ciudad de Arequipa, con el objetivo de ir liberando el camino de cualquier partida realista y de paso, conseguir los necesarios recursos alimenticios y de transporte.³⁰

Luego de atravesar los pueblos y valles del norte de la Intendencia, vale decir, Caravelí, Camaná, Majes y Aplao, el 26 de agosto la caballería de Miller llegó al valle de Sigüas, ubicado a 60 km al oeste de la ciudad de Arequipa, donde se reunió con el grueso del ejército patriota comandando por el general Sucre,³¹ quien había desembarcado sin ninguna resistencia diez días antes en el puerto de Quilca. Desde Sigüas, el ejército patriota en su totalidad, avanzó con tranquilidad hasta el valle de Vitor, a muy poca distancia de la capital, la misma que había sido prácticamente abandonada por las fuerzas realistas y sus principales autoridades. Sin pérdida de tiempo, Sucre ordenó al general Miller adelantarse y ocupar dicha ciudad, con una reducida fuerza de solo 200 soldados de caballería.

La ocupación de la ciudad de Arequipa

El día 30 de agosto de 1823, aquella avanzadilla patriota haría su ingreso triunfal y disciplinado por las principales calles de Arequipa, «la Ciudad Blanca», en medio de manifestaciones de aparente júbilo por parte de algunos miembros del vecindario y la huida apresurada del destacamento militar encargado de su defensa. Aunque la Intendencia y durante varios años, había concentrado un fuerte contingente de casi 3.000 soldados del ejército real, meses atrás ante el avance de la segunda expedición, el virrey La Serna ordenó su repliegue en torno a la región cusqueña, dejando en la ciudad una pequeña fuerza de 600 infantes y 200 caballos, a cargo del coronel Mateo Ramírez; quien, considerando muy superiores a las fuerzas colombianas, tomó la decisión de no presentar batalla y retirarse con todos sus efectivos por el camino de la sierra.

Ahora, con respecto a la toma de la ciudad de Arequipa en sus momentos iniciales y del primer encuentro entre el vecindario local y las fuerzas «libertadoras», dicha descripción proviene básicamente de fuente patriota, particularmente del tantas veces aludido general Miller; quien en sus Memorias refiere que, el entusiasmo de la población arequipeña al ingreso de los patriotas fue tan grande, que ningún soldado podía salir de la plaza debido a los fogosos abrazos de la gente y si bien,

29 Las instrucciones otorgadas por el presidente Riva Agüero en vísperas de su partida, indicaban que Santa Cruz debía ocupar la ciudad de Arequipa y Puno, «pero sin desmembrar su ejército que debe ser concentrado, donde se crea más conveniente». Pese a ello, Santa Cruz dividió sus fuerzas con el general Gamarra, quien luego de tomar el pueblo de Tacna se dirigió hacia la ciudad de Oruro, mientras él luego de ocupar Moquegua se encaminó rumbo a la ciudad de La Paz. De otro lado se le hizo saber que, el ejército a su mando debía ser parte de un ejército multinacional que estaría «al mando del jefe que en lo sucesivo nombrase el gobierno (Sucre)». Pruvonena, 1858, I:151-156.

30 Paz Soldán, 1870, I:336.

31 Miller, 1975, II:53-54.

todos advirtieron que por el otro extremo de la ciudad, las fuerzas realistas sigilosamente intentaban escabullirse, «no (se) pudo seguir al enemigo por la opresión afectuosa de la multitud».³² Al margen de este recibimiento y para tranquilidad del vecindario, ese mismo día Miller mando publicar un bando, donde señalaba que:

Para que se mantenga el orden y la armonía social en esta ciudad he tenido por conveniente ordenar: que el Excelentísimo Ayuntamiento y todos los empleados civiles continúen en el ejercicio de sus respectivas funciones hasta que con la llegada del Excelentísimo señor General en Jefe del Ejército Unido Libertador determine lo que tenga por más conveniente.³³

En realidad, no tuvo que esperarse demasiado. Al día siguiente (31 de agosto), hizo su ingreso a Arequipa el venezolano Antonio José de Sucre, general en jefe del Ejército Unido y de solo veintiocho años de edad, a la cabeza de un contingente militar de casi 3.000 soldados. De ese modo, mientras las tropas instalaban su campamento en la llamada Pampa de Miraflores ubicada en los extramuros de la ciudad, los jefes y oficiales fueron alojados en las viviendas tomadas de los «realistas» ausentes o aquellas proporcionadas por algunos connotados vecinos. Como fue el caso del general Sucre, quien fue instalado en la casa del abogado de las reales audiencias Manuel Asencio Cuadros.³⁴ Con respecto al recibimiento deparado por el vecindario arequipeño a las fuerzas invasoras, todo parece indicar que este sobrepasó largamente las expectativas más optimistas de los patriotas, al punto que, el propio general en jefe quedaría gratamente impresionado por el espectáculo y así lo hizo conocer a través de una carta enviada ese mismo día a los miembros del honorable Ayuntamiento de la ciudad, donde declaraba:

Es muy satisfactorio para mí el entusiasmo que ha manifestado este benemérito vecindario a la llegada del ejército libertador. Este pueblo digno de mejor suerte que la que ha disfrutado hasta aquí, es acreedor a mis consideraciones y por lo mismo no omitiré medio alguno de alejar el teatro de la guerra, para hacerle menos onerosa la subsistencia de las tropas y para obtener un triunfo absoluto sobre los enemigos de la independencia americana.³⁵

Considerando equívocamente que, todo ese aparatoso recibimiento era una muestra verdadera de patriotismo y del más sincero deseo de liberarse definitivamente del «tiránico» y «opresor» régimen colonial, el general Sucre no desaprovechó la ocasión y casi de inmediato, solicitó al vecindario arequipeño «proporcionar al ejército los medios de subsistencia diaria»,³⁶ es decir, raciones suficientes de carne, menestras y pan. Algunos días más tarde, exigió la entrega de donativos en dinero y el enrolamiento de voluntarios, para con ellos reemplazar las bajas que su división había sufrido a lo largo de la marcha, producto de las muertes y/o desertiones. Sin embargo y para sorpresa de los líderes patriotas, los hasta ese momento entusiastas vecinos de la ciudad, respondieron con inusitada frialdad y cierta indiferencia, ante los reiterados llamados de colaboración. Lo que obligaría al general venezolano, a emplear medidas cada vez más severas y de carácter imperativo. En carta dirigida al cuerpo político representativo de la ciudad, el Cabildo, fechada el día 5 de setiembre, les hizo saber su malestar e incomodidad:

Después que, agotados los medios de suavidad para excitar el patriotismo de este vecindario a socorrer las tropas libertadoras, apenas se ha producido un miserable donativo que a nada alcanza, me veo colocado en el terrible conflicto de ocurrir a otras medidas, o de dejar perecer y destruir el ejército, en tal estado la elección es por sí sola decidida. Admira que un pueblo patriota que, sofocado por las exacciones y vejaciones del gobierno español, ofrecía sus

32 Proctor, 1920, 170.

33 A ese respecto, en un bando publicado días después, el general Sucre decretó: «El cabildo y los empleados civiles y de rentas continuarán en el servicio de sus destinos, en clase de provisionales. Los jefes de cada ramo de oficina o el encargado que se halle en ellas, pasarán al gobierno en el día de hoy una relación que contenga los empleados que tenía el ramo u oficina de su cargo, expresando los que hayan emigrado y los que estén presentes». Vargas Ugarte, 1971, 83-84. Vargas Ugarte, 1981, VI:271.

34 Rey de Castro, 1883, 4.

35 Vargas Ugarte, 1981, VI:272.

36 Vargas Ugarte, 1971, 82.

auxilios a sus conciudadanos [armados] venidos para expulsar a los opresores, se haya mostrado en los momentos más precisos (como) un frío espectador de la contienda en que está interesada su suerte y su tranquilidad.³⁷

El 7 de setiembre, el general Sucre envió una comunicación al Libertador Simón Bolívar, quien por esos días ya se encontraba plenamente establecido en la ciudad de Lima. En ella, le informaba sobre diversos asuntos, dentro de los cuales, no estuvo ausente aquella experiencia poco afortunada con la población arequipeña. Según la percepción un tanto rigorista del futuro Mariscal de Ayacucho, quien luego de evaluar todas las posibilidades existentes, llegó a la conclusión que, el poco compromiso mostrado por los vecinos arequipeños a favor de la causa patriota se debía fundamentalmente a su peculiar personalidad y su carácter «algo tímido» y por esa razón, le hacía presente al Libertador, «aquí he podido conseguir muy pocos reemplazos, apenas tengo 100 hombres de alta, en los siete días que estamos en Arequipa, apenas he conseguido 12.000 pesos en donativos».³⁸

Muy resiliente a aquellas circunstancias adversas, a partir de ese momento, sus relaciones con las autoridades locales y vecindario, en particular con respecto a las contribuciones y socorros, habrían de endurecerse notoriamente. Así, por ejemplo, en una nueva carta enviada por aquellos días al Ayuntamiento de la ciudad, les dio a entender enfáticamente que, como comandante de las fuerzas de ocupación, tenía la obligación de velar por el bienestar de sus tropas y por tanto, sería una falta imperdonable, «si no tomase la energía necesaria para obtener los recursos que faciliten la continuación de las operaciones militares».³⁹

De ese modo y muy a pesar de las promesas iniciales, el joven general venezolano impuso a todos los habitantes del departamento de Arequipa (en este caso, Intendencia) un empréstito forzoso y con carácter perentorio de 100.000 pesos, sobre la base de las propiedades confiscadas a todos los vecinos que habían huido de la ciudad antes del ingreso de las fuerzas colombianas. Aquellos «fugitivos», fueron considerados por las nuevas autoridades como enemigos de la causa patriota (o sea, realistas) y entre los primeros en ser señalados se encontraba la familia más rica y prestigiosa de la región, los Goyeneche y Barreda. A decir del mencionado decreto de confiscación, tales propiedades podían ser posteriormente vendidas, pues se había calculado que ellas tenían un valor «diez veces mayor» a la cantidad solicitada.⁴⁰ Ahora, en relación al mencionado empréstito y su posterior distribución, las autoridades patriotas contaron con la sorpresiva colaboración de algunos miembros del ayuntamiento arequipeño, quienes ofrecieron sus buenos oficios para la confección de una amplia lista de contribuyentes, donde no podían faltar, por supuesto, las familias notables de la ciudad. En su redacción final, se tomaron en cuenta el prestigio social de los erogantes, su capacidad económica y hasta, posibles «rivalidades personales». A decir del historiador John Wibel:

Una gran parte de este cupo fue asignado a la familia Goyeneche: 20.000 pesos fueron demandados del obispo José Sebastián y 5.000 pesos de cada uno de sus hermanos, el comerciante Juan Mariano y su hermana María. La reputación de la familia como millonaria así también como sus conocidos sentimientos realistas, los hicieron blancos favoritos de forzadas contribuciones patriotas. Sucre también demandó grandes sumas de otros ricos criollos como 6.000 pesos de la familia de Pio Tristán, quien estuvo entonces sirviendo como intendente del Cuzco; 5.000 pesos del regidor de Arequipa y Locumba, hacendado Mariano Miguel de Ugarte; 3.000 pesos del viñatero de Vitor y ex alcalde, Pedro Domingo Masías y 3.000 del comerciante Bernardo Gamio y sus hijos.⁴¹

Lo sorprendente de esta lista de contribuyentes forzados, no estuvo en la diferencia de los montos asignados, dado que, como se ha mencionado, ellos se basaron en la capacidad y riqueza de los señalados, de los cuales, el general Sucre al parecer tenía un conocimiento bastante cercano. Pues, desde su llegada a la ciudad se había dedicado a consultar entre vecinos y residentes de la localidad, como si fuera un visitador real o censor romano, acerca de la riqueza, las actividades

37 Sucre, 2009, 180-181.

38 Zagarra Meneses, 1973, 212-214.

39 Vargas Ugarte, 1971, 85.

40 Rey de Castro, 1883, 3-4.

41 Wibel, 1975, 299-300.

y recursos más importantes con los que contaba la región.⁴² Si no, en que relativamente pocos peninsulares estuvieron considerados para dicho empréstito, muy a pesar de que, sus vínculos con la causa realista eran bastante obvios y por demás reconocidos, dentro y fuera de la región. Como fue el caso, por ejemplo, de Lucas de la Coterá, el más poderoso comerciante español de esa época y declarado financista del gobierno virreinal; quien estuvo vinculado amical y profesionalmente a numerosas familias de la élite arequipeña, funcionarios de gobierno y altos jefes militares, dentro de los cuales se encontraban el virrey José de la Sena, el general Jerónimo Valdez y el intendente, Juan Bautista de Lavalle.⁴³ En ese sentido, el mayor monto demandado a un peninsular fue de solo 5.000 pesos y correspondió a la sociedad mercantil conformada por Ambrosio Ibáñez y Manuel Marcó del Pont, una de las más importantes de la ciudad, quienes en 1821 habían realizado una transacción comercial en Londres por cerca de 85.000 libras esterlinas con la prestigiosa casa de Antony Gibbs and Sons.⁴⁴ Tampoco estuvieron incluidos, los comerciantes extranjeros, que desde 1821, se encontraban establecidos en la ciudad y dedicados al lucrativo negocio de las importaciones de efectos provenientes de Europa y los Estados Unidos, como Santiago Le Bris, Guillermo Turner, Luis Stevenson, Guillermo Hodgson, Thomas Crompton, Samuel B. Mardon, entre los principales.⁴⁵

Ahora, en relación a la persona del obispo de la Diócesis de Arequipa, José Sebastián de Goyeneche, esta propició ninguna consideración por parte de las autoridades patriotas, pues, se trataba de la cabeza espiritual de la Iglesia y principal representante de la comunidad religiosa arequipeña. En tal sentido, su huida de la ciudad fue vista como un abandono de sus obligaciones pastorales, dando lugar a duras críticas y no menos condenaciones.⁴⁶ Tal vez, ello explique en cierta medida, aquel ensañamiento poco disimulado contra sus numerosos bienes y patrimonio familiar. Con respecto a las supuestas funciones que debía guardar un pastor de la Iglesia, en este caso Goyeneche y haciendo uso de un lenguaje excesivamente formal, el general Sucre dirigió una carta a los miembros del Ayuntamiento de la ciudad, donde señalaba:

Arequipa ha sufrido estos males, y su iglesia ha sido olvidada del príncipe a quien encargó Jesús la conducta de sus fieles. Han sido preferidas las opiniones políticas, y los compromisos de la Revolución a los deberes santos, a los principios de concordia, de paz y de dulzura que justifican al sacerdocio. A imitación del jefe siguieron otros al estruendo de las armas y diferentes pueblos sufren la orfandad de sus padres espirituales.⁴⁷

A través de este documento a todas luces tendencioso, Sucre no solo buscaba manifestar su aparente enfado por la situación de acefalía en la que se encontraba la mencionada Diócesis y por las razones ya expuestas, sino, además, justificar la elección de un sacerdote más obsequioso, el arcediano Francisco Xavier de Echevarría y Morales como gobernador provisional del Obispado, en reemplazo de su titular ausente.⁴⁸

Curiosamente, en relación al gobierno municipal, denominado Ayuntamiento Constitucional a causa del restablecimiento de la Constitución de Cádiz y del régimen liberal en 1820, encabezado por el alcalde Mariano Basilio de la Fuente, hacendado y propietario de minas de Tarapacá; el general Sucre, mantendría la mayor parte de sus funciones y prerrogativas, buscando asegurar de ese modo una cercana colaboración, sobre todo a la hora de proporcionar los conocimientos necesarios para la confección de las temidas listas de contribuyentes. A decir del contenido de una carta enviada por el militar venezolano a la referida institución:

El muy ilustre Ayuntamiento es responsable de satisfacer las cantidades solicitadas y está facultado para dictar cuantas medidas crea necesarias a obtenerlas aun cuando pase por el dolor de poner en práctica iguales disposiciones a

42 Rey de Castro, 1883, 3-4.

43 Condori, 2011, 827-858.

44 Gibbs, 1922, 18.8. Wibel, 1975, 300.

45 Condori, 2020, 133-163.

46 Sucre, 2009, 183.

47 Sucre, 2009, 183.

48 El doctor Don Francisco Javier de Echevarría y Morales, dignidad de arcediano de esta Santa Iglesia, Arequipa, 23 de junio de 1824, ARAR, Cabildo de Justicia Ordinaria, Pedimentos, n. 47.

las que adoptó con energía, para procurar al ejército español, las últimas sumas que se le facilitaron. El muy ilustre Cabildo quedará sujeto a las serias medidas que adopte el gobierno por cualquier disimulo, en esta comisión y por todo retardo en cumplirla.⁴⁹

En resumidas cuentas, los miembros de aquella institución municipal al ser parte responsable de los montos asignados a causa del empréstito forzoso, muy probablemente estuvieron también, detrás de las considerables cifras que se impuso a la familia Goyeneche; solo así se explicarían, las duras palabras con las que el Obispo José Sebastián se refería a los regidores de este cuerpo edilicio, a quienes llamaba con amargura «nuestros mayores verdugos», en una carta remitida a su hermano el Conde de Guaqui, ausente en los reinos de España.⁵⁰ ¿Cómo entender esa falta de solidaridad o empatía de aquellos miembros del Cabildo para con sus connotados vecinos? En realidad, más que el resultado de una determinada posición política respecto a la guerra —patriotas contra realistas—, ella estaría evidenciando las rivalidades o fisuras existentes al interior de la propia élite arequipeña, en la medida que, a raíz del restablecimiento de la constitución gaditana y como había ocurrido durante el primer periodo constitucional (1812-1814), las elecciones para los nuevos ayuntamientos abrieron las puertas a familias y vecinos que habían estado por lo general marginados de estos cargos, en favor de los tradicionales, aristocráticos y casi vitalicios miembros del Cabildo ordinario de Justicia y Regimiento, donde más de un Goyeneche había ocupado el puesto de alcalde y Juan Mariano, el menor de los hermanos, era por entonces regidor perpetuo.⁵¹

Por otra parte, la ocupación militar de la provincia de Arequipa, no solo tenía como objetivo hacerse de los ingresos generados por algunas actividades económicas de gran rentabilidad y expansión, como el comercio de importaciones, a través del control directo de la aduana del puerto de Quilca o la obtención de beneficios de la misma población, por medio de donativos voluntarios y contribuciones forzosas; sino también, y aunque parezca paradójico, ganarse «los corazones y mentes» del vecindario arequipeño en favor de la causa patriota. Por tal motivo, desde un primer momento, el general Miller se dedicaría a enviar cartas tranquilizadoras al gobierno municipal, a fin de garantizar «el orden y armonía social» dentro de la ciudad; y en la misma línea, el general Sucre se comprometió posteriormente en un escrito dirigido a esa misma institución, a tomar en cuenta todas las medidas indispensables, para «alejar el teatro de la guerra (y) para hacerlo menos onerosa a sus habitantes».⁵²

Para desgracia de los intereses patriotas, los esfuerzos realizados a fin de ganar los corazones y mentes de los indecisos o desafectos (en este último caso, la mayoría de los vecinos) a la causa de la nueva patria, entrarían en franca contradicción con las permanentes solicitudes de socorros para las tropas, solicitudes, que se estrellaban a su vez con la morosidad e indiferencia de dicho vecindario, obligando necesariamente a la imposición de medidas de coacción cada vez más severas y por tanto repudiables; que al final, solo lograrían tirar por la borda precisamente, todos esos esfuerzos de llevar a buen término aquella política proselitista y de reconciliación. Como se recordará, el 5 de setiembre, el general Sucre había impuesto a los habitantes del departamento un empréstito forzoso de 100.000 pesos, que el Ayuntamiento tenía la obligación de distribuirlo, reunirlo y entregarlo a la mayor brevedad, «cuanto que en la comisaria del ejército deben estar dentro de cinco días 25.000 pesos y en la próxima semana otros 25.000 pesos, haciendo recoger el resto todo el mes».⁵³ Desafortunadamente, para sus expectativas, muy poco de esto sucedió, por tal razón, una semana después, el 12 de setiembre, Sucre volvería a enviar una carta a los integrantes del gobierno local, pero esta vez, sus palabras sonaban menos complacientes y hasta intimidatorias:

49 Sucre, 2009, 182. La carta de Sucre se refería a un empréstito solicitado por el gobierno virreinal del Cusco en junio de 1823, por un monto de 500.000 pesos, que no se lograría reunir debido a la entrada de los patriotas a la ciudad. Pedido de reducción de empréstito, Arequipa, 17 de junio de 1823, AMA, Libro de Sesiones de la Excelentísima Diputación de Arequipa, n. 29, f. 34v.

50 Malamud, 1982, 107.

51 Condori, 2015, 69-84.

52 Vargas Ugarte, 1981, VI:272

53 Sucre, 2009, 181.

Han pasado tres días de los señalados, para que exhibiese en la comandancia del ejército 25,000 pesos a cuenta de los 100,000 pesos de empréstito que se ha pedido. En este concepto diré por última vez que a las nueve del día de mañana iré yo mismo al Cabildo a presenciar la entrega al comisario del ejército de los 25,000 pesos que han de reunirse por el pronto.⁵⁴

Dos semanas después, cuando aún faltaban 40.000 pesos para terminar de completar el referido empréstito de 100.000, el gobierno patriota del general Sucre, ya no solo exigía al Ayuntamiento terminar de recogerlos a la «mayor brevedad posible», sino que, propuso el cobro de viejos gravámenes, como por ejemplo, «restablecer el contingente de 30.000 pesos mensuales con que contribuía esta ciudad», para el mantenimiento del ejército español.⁵⁵ El resultado de aquella nueva medida sería bastante previsible. Al cumplirse un mes del ingreso de las fuerzas patriotas a la ciudad de Arequipa, el comportamiento apacible y conciliador del general Sucre fue tornándose áspero y dictatorial, en la medida que, las contribuciones tardaban cada vez más en llegar o lo hacían en cantidades insuficientes, llevándolo inevitablemente a radicalizar sus amenazas. Por lo menos, así se puede deducir del contenido de la siguiente carta enviada al Ayuntamiento el día 30 de setiembre:

La contribución impuesta sobre el vecindario y particularmente sobre los españoles y desafectos, deben entregarse hoy y mañana. Si a las doce del día primero (octubre) no hubiesen exhibido [...] se le hará arrestar en la prevención de los dragones de Chile y darme parte de ello para tomar las últimas providencias.⁵⁶

Afortunadamente, para algunos vecinos de la localidad, tales amenazas nunca se harían efectivas, no por falta de intención de las autoridades patriotas o debido a que el monto se haya cubierto completamente,⁵⁷ sino, porque la presencia del ejército colombiano en la ciudad estaba llegando a su término. Desde fines del mes de setiembre, las noticias sobre la derrota de la segunda expedición a Intermedios y del pronto arribo de las fuerzas realistas, muy superiores en número y encabezadas por el virrey La Serna, sonaban con mayor insistencia. Frente a tal situación, el general Sucre dio instrucciones para la salida progresiva de sus tropas en dirección al puerto de Quilca, pero antes de abandonar para siempre esta provincia, el 1 de octubre, escribió al Ayuntamiento una carta de despedida, donde daba cuenta detallada de los sucesos que habían acontecido desde su llegada y las razones de su repentino retiro.⁵⁸

La batalla de Arequipa

El único enfrentamiento de proporciones entre las fuerzas patriotas y realistas durante la segunda expedición a Puertos Intermedios, fue la indecisa batalla de Zepita, ocurrida el 25 de agosto de 1823 en los alrededores del Lago Titicaca.⁵⁹ Después de ella, las fuerzas del general Santa Cruz y de manera incomprensible, iniciaron una desordenada retirada del Alto Perú a través de Puno y en dirección a la costa arequipeña, dejando en el camino «hombres cansados, cargas, armas, cartucheras, caballos, mulas y cuanto marca el temor de un ejército despavorido que teme y huye de su

⁵⁴ Vargas Ugarte, 1971, 87.

⁵⁵ Vargas Ugarte, 1971, 88-89. Desde 1819, las autoridades virreinales impusieron a la provincia de Arequipa un contingente mensual de 30.000 pesos para mantener un cuerpo del ejército realista en toda la región, el mismo que sería cubierto de manera irregular con los ingresos provenientes de ciertos arbitrios municipales y el peor de los casos, con empréstitos urgentes solicitados al vecindario. Superior orden del Exmo. Señor Virrey, Arequipa, 22 de octubre de 1822, AMA, Libro de Sesiones de la Excelentísima Diputación de Arequipa, n. 29, f. 16.

⁵⁶ Vargas Ugarte, 1971, 90.

⁵⁷ Todavía en una última carta enviada al Ayuntamiento el 7 de octubre, un día antes de su retiro definitivo de la ciudad, Sucre insistía al cuerpo edilicio para que «procure por cuantos medios estén a su alcance, hacer efectivo el déficit (27.000 pesos) para el íntegro de los 100.000 pesos, pedidos de empréstito, porque además de las atenciones que demanda el ejército, este tendrá que emprender sus operaciones sobre el enemigo muy luego, bien en esta o en otra provincia». Vargas Ugarte, 1971, 91-92.

⁵⁸ Sucre, 2009, 186-187.

⁵⁹ Aunque, ambos jefes militares, Santa Cruz y Jerónimo Valdez, se proclamaron vencedores de la batalla, la historia nacional la considera una victoria patriota. Incluso, al general Santa Cruz se le otorgaría el título de Mariscal de Zepita posteriormente.

propia sombra», refería con sorna, el general realista Jerónimo Valdez.⁶⁰ Las noticias de este desastre, llegaron a Arequipa a mediados del mes de setiembre, lo que en primera instancia obligaría al general Sucre a reunir sus fuerzas —unos 2.700 soldados— y marchar en dirección a Puno el 24 de setiembre. Días antes, había enviado por delante 100 húsares y varias decenas de infantes hasta las proximidades del Lago Titicaca a fin de tomar conocimiento del verdadero estado de la expedición. Cuando las fuerzas patriotas, llegaron al tambo de Apo, ubicado a unos 60 km al noreste de la ciudad de Arequipa, Sucre recibió noticias fidedignas de la retirada de parte del ejército de Santa Cruz con dirección a Moquegua y del avance de una poderosa división realista de más de 5.000 hombres por la ruta de Puno a Arequipa; forzándolo a retornar a la ciudad, no sin antes apostar un pequeño destacamento en el pueblo de Cangallo, a unos 20 km al noreste, encargado de vigilar ese estratégico punto de acceso a la ciudad. Una vez en Arequipa, el general venezolano preparó la retirada ordenada de todos los batallones de infantería con dirección a la costa, dejando temporalmente en la ciudad solo los escuadrones de caballería, que sumaban en total unos 320 jinetes; mientras él se dirigía a la villa de Moquegua, donde ya se encontraban los restos de la segunda expedición, que «según unos pasaba de 3.000 hombres y según otros no llegaba a 2.400». ⁶¹ Junto a la posibilidad de aprovechar aquellas fuerzas sobrevivientes, Sucre buscaría además entrevistarse con el general Santa Cruz, como estuvo planeado desde un principio, a fin de coordinar las posteriores operaciones militares y el destino de la división colombiana.

Salió de Arequipa el 1 de octubre y al llegar a la villa de Moquegua, ubicada a unos 200 km al sur, grande fue su sorpresa al encontrarse con los restos de lo que había sido alguna vez el mayor ejército patriota jamás reunido, y en el más completo estado de abandono, moral y material. Así lo informó, en una carta enviada al secretario del Libertador Simón Bolívar:

Hallé que los restos del ejército eran 500 o 600 infantes y 300 de caballería, hacían un cuerpo de 1200 a 1300 hombres, sin moral, sin confianza entre sí y sus jefes, sin orden y la caballería desarmada y en corrupción más absoluta de la disciplina [...] Me dijo el general Santa Cruz que dejó al coronel Lanza 1500 cansados y que el resto de las tropas, hasta cerca de 5.000 hombres se habían ido a sus casas; otros oficiales me aseguraron que desde el 18 después de salidos de Viacha, el ejército no existió más y que el enemigo nos tomó todos los dispersos.⁶²

Terminada la breve entrevista, ambos jefes llegaron al convencimiento que, en tales circunstancias, ya no era posible realizar alguna operación conjunta y tampoco podían permanecer las tropas colombianas en la ciudad de Arequipa; si bien, era la única fuerza que se encontraba intacta, su número resultaría insuficiente para contener el avance realista. Sin pérdida de tiempo, Sucre y su pequeña escolta regresaron a la ciudad el 6 de octubre, ya para ese momento, la infantería patriota se hallaba a medio camino del puerto de Quilca y en Arequipa, sonaban con mayor insistencia las inquietantes noticias sobre la pronta llegada del ejército del rey. El mismo que a esas alturas, se encontraba en las cercanías del tambo de Apo.

Efectivamente, el virrey La Serna a la cabeza del ejército nacional y a marchas forzadas, llegó al pueblo de Apo el día 7 de octubre, donde se informó que la infantería patriota había salido hacía varios días y por la distancia recorrida, sería muy difícil de alcanzar. Para consuelo de sus esfuerzos, le informaron también que, en la ciudad de Arequipa se encontraba la caballería al mando del general Sucre y de paso, tomó conocimiento de la existencia de un pequeño destacamento de soldados patriotas en el pueblo de Cangallo, cumpliendo la tarea de vigilar el camino principal que conducía a Arequipa. Frente a tal panorama, La Serna comprendió que, para enfrentar a la caballería patriota en una batalla decisiva, esta debía ser sorprendida antes que abandonasen la ciudad. ¿Y cómo habría de lograrlo? Las fuerzas realistas tendrían que marchar esa misma noche, con la mayor rapidez y, sobre todo, sin ser descubiertos por los centinelas patriotas destacados en Cangallo. Semejante proeza, finalmente le fue encomendada al coronel del cuerpo de Granaderos de la Guardia, Valentín

60 Odriozola, 1873, V:375.

61 Paz Soldán, 1870, I:122-123.

62 Paz Soldán, 1870, I:124-125.

Ferraz. Dicho oficial, reconocido por su entereza y capacidad, partió del tambo de Apo a las siete de la noche de ese mismo día, con un grupo de soldados extraídos casi de urgencia de todos los cuerpos disponibles, pero, particularmente, se priorizó a aquellos que se encontraban en las mejores condiciones físicas y anímicas, no obstante, la agotadora marcha que habían realizado desde territorio alto peruano. Entre los componentes de aquel cuerpo improvisado, destacaban las fuerzas de caballería, que en total alcanzarían las 125 plazas.

Compuesto de tres mitades de granaderos de la Guardia, una de la escolta del Virrey y otra de Cazadores Dragones y Dragones Americanos a cargo del comandante Don Cirilo Echezárraga, más 250 infantes de los cuerpos de Gerona, Vitoria, Cazadores, Centro y Cantabria, al mando del coronel de este último Don Antonio de Tur.⁶³

Luego de marchar por varias horas en medio de la oscuridad, como a media noche, el coronel Ferraz llegó hasta un sendero llamado El Botadero, ubicado a medio camino entre Apo y Cangallo, el cual permitía avanzar directamente hacia Arequipa, sin atravesar este último poblado, donde se encontraba el mencionado puesto de vigilancia. Era un sendero poco frecuentado por los arrieros y bastante accidentado, pero bien conducidos, podría permitirles, no solo el ahorro de varias horas de camino, sino, sobre todo, llegar a la ciudad antes del crepúsculo. Lamentablemente, el guía que habían contratado se extravió en las faldas del Misti, el principal volcán de Arequipa, cuando faltaban solo cuatro leguas para llegar, lo que obligaría a detener la marcha por algunas horas, hasta el amanecer. Para colmo de males, un grupo de soldados que se había separado de la columna principal fue a parar a Cangallo, siendo descubiertos por los centinelas patriotas, quienes inmediatamente corrieron a dar la alarma a su general en jefe.⁶⁴ Considerando que no todo estaba perdido, apenas despuntó la mañana, Ferraz y sus hombres se encaminaron raudamente en dirección a la Pampa de Miraflores, ubicada a menos de media legua al este de la ciudad, en cuyos alrededores confirmarían la noticia de la presencia de Sucre y los escuadrones de caballería. Dicha fuerza, no superaba los 320 hombres y la componían, «dos escuadrones de Dragones de Chile y el de Guías de Riva Agüero», al mando del general Miller y el coronel Pedro Raulet. Sin pérdida de tiempo, Ferraz preparó sus tropas para un rápido ataque, que comenzaría muy temprano por la mañana.

Después de dividir su regimiento en varias compañías, el coronel Ferraz iniciaría el ataque definitivo a la altura de la iglesia de San Antonio Abad en Miraflores, desde donde sus fuerzas se abalanzaron contra una parte de la caballería patriota al mando del coronel Pedro Raulet, a quien se había encomendado la misión de proteger la entrada a la ciudad de Arequipa. Después de un primer choque, los patriotas fueron obligados a replegarse hacia el interior de la urbe en dirección a la plaza mayor, donde los esperaba Sucre con el resto de los batallones. Como a las diez de la mañana, cuando las fuerzas reales comenzaban a ingresar por diferentes puntos de la ciudad, el general venezolano a fin de asegurar la retirada de los escuadrones de Guías y Dragones por el único puente de la ciudad (hoy Bolognesi), encomendó al intrépido general Miller la contención de los realistas con un cuerpo de 140 hombres de caballería, frente a las fuerzas del rey que en ese momento no llegaban al centenar. Los detalles de esta única batalla en las calles de Arequipa, se encuentran registrados en el parte oficial que ese mismo día, 8 de octubre, fue enviado al virrey La Serna, por el jefe de la caballería realista, vencedora del encuentro. El siguiente fragmento proviene del mencionado parte.

La mitad de Cazadores y Dragones que salió a la plaza antes de tiempo, sin duda por haber tenido menos que andar y por haber aumentado demasiado su velocidad, fue cargada por tres enemigas que la obligaron a retroceder por la calle del Comercio (Mercaderes) al tiempo que yo precisamente con las 4 que dirigía bajaba por las de San José paralela a aquella. Impuesto por mí mismo de esta ocurrencia previne al comandante Echezárraga siguiese la dirección que llevaba con las dos primeras y que variando por la izquierda entrase a la del Comercio por el Chilcal a tomar la retaguardia a los enemigos, mientras que yo con las dos últimas varié también sobre la izquierda y me dirigí por la del Sauce, donde cargué con decisión a los que venían por el frente (arrollando a la mitad de los Cazadores) que fueron completamente batidos por nuestros valientes granaderos y perseguidos por diferentes calles

63 CDIP, 1974, VI: 9: 390-395; *Colección de los principales partes...*, 1824, 50-54. También, Estado Mayor..., 1854, 70.

64 Miller, 1975, II: 61; *Colección de los principales partes...*, 1824, 50; Estado Mayor..., 1854, 70.

hasta el puente donde las últimas mitades de la columna enemiga que iban reunidos, por no haber chocado, dieron frente y cargaron a las nuestras que tardaron en batirlas lo que tardaron en llegar a sus filas; habiendo seguido esta segunda carga hasta la chacra del Arenal, donde mandé hacer alto, para reunir las fuerzas, formar de nuevo las mitades y marchar sobre ellos en dirección a Uchumayo como lo verifiqué a los pocos minutos.⁶⁵

Precisamente antes que el día tocara a su fin, a dos leguas al oeste de la ciudad de Arequipa, camino al puente de Uchumayo, se produjo un enfrentamiento postrero, entre los perseguidores, realistas y los perseguidos, patriotas. Aprovechando la superioridad de sus fuerzas, el general Sucre decidió presentar batalla a una reducida caballería realista, cuyas fuerzas apenas llegaban a unos 80 hombres. Lamentablemente, el resultado final sería una nueva derrota y esta vez, de manera aplastante. El general Miller en su parte militar, nos relata los pormenores de esta última batalla de la guerra de Independencia en tierras arequipeñas.

Al efecto formaron los dragones de Chile en tres pelotones, los húsares de Raullet quedando una cuadra a retaguardia de reserva. Nuestra tropa estaba bien formada y ocupaba una posición ventajosa. El enemigo tenía solamente un pelotón de 39 hombres formados, los restos se retiraron por la marcha de flanco con el objeto de mejor situarse. En este favorable momento dimos la carga, pero tal era la cobardía de nuestros soldados que todos volvieron caras y huyeron con el mayor desorden de 39 enemigos.⁶⁶

En los momentos finales de la batalla, la caballería patriota fue acuchillada casi en su totalidad y solo salvaron la vida unos veinticinco soldados y cuatro oficiales, incluido el propio general Miller, debido no tanto a la velocidad de su montura, sino, sobre todo, al agotamiento de los caballos realistas que venían cabalgando sin descanso desde el pueblo de Paty, ubicado a más de 100 km al noreste de la ciudad de Arequipa, en el camino hacia Puno. Ello explicaría, entre otras cosas, el por qué en medio de este último encuentro, la mayor preocupación de los soldados del rey consistió en capturar rápidamente los animales de los enemigos. Así lo relataría también, el coronel Ferraz, en su mencionado parte de guerra, donde a la postre se lee, «desde la primera carga empezaron nuestros soldados a relevar sus caballos con los que tomaban de los enemigos y cuando se dio la última iban montados las dos terceras partes de nuestra fuerza en caballos que pocos minutos antes eran de la suya».⁶⁷

Al final, todos aquellos esfuerzos realizados por la caballería realista y sus oficiales, se vieron recompensados con una contundente victoria en favor de las armas del rey, ante una fuerza más numerosa y con importantes jefes como el general Guillermo Miller, inglés y los coroneles Pedro Raullet, francés y Francisco Antonio Pinto, chileno; y de paso, se lograría la recuperación de la ciudad de Arequipa. De manera complementaria, el triunfo realista trajo consigo la merecida promoción del coronel Ferraz al grado de General de Brigada; además, de la obtención de decenas de prisioneros y el parque militar abandonado por los vencidos, pues según informaba este jefe español:

Han sido dejados enemigos en nuestro poder el comandante de los escuadrones de dragones de Chile, un capitán, cuatro subalternos y ciento sesenta individuos de tropa prisioneros, cinco oficiales y 47 soldados muertos en las calles de Arequipa, ciento cuarenta y dos caballos ensillados, noventa y ocho carabinas, ciento veinte cartucheras, ciento y tantos sables, sesenta lanzas y tres clarines.⁶⁸

Todo ello, sin contar las armas y caballos que fueron tomados por los habitantes de la ciudad desde el comienzo mismo de los enfrentamientos en las calles de Arequipa, pues según se lee en

65 CDIP, 1974, VI: 9, 390-395; *Colección de los principales partes...*, 1824, 51-52; Estado Mayor..., 1854, 72-73.

66 Es en este documento, más no en sus Memorias, donde Miller señala que «la tropa no desplegó su acostumbrado valor» y termina culpando a la caballería de Dragones de Chile por la derrota, al acusarlos de cobardía. Algo de razón no le faltaba. Este cuerpo era conocido como «Los Inocentes», había llegado con San Martín en 1820 y estaba conformado mayormente por delincuentes y gente de mal vivir, pues para constituirlo decía el viajero Robert Proctor, «se vaciaron las cárceles y los presos organizados en escuadrones, eran como puede imaginarse, las reputaciones más viciosas y degradadas de Chile; eran conocidos en todo el Perú con el título irónico de los Inocentes y se hicieron notables por toda clase de crímenes». Proctor, 1920, 172.

67 CDIP, 1974, VI:9, 392-393.

68 CDIP, 1974, VI:9, 393.

informes tanto patriotas⁶⁹ como realistas,⁷⁰ apenas se iniciaron los combates, los vecinos de la ciudad tomaron masivamente los techos y azoteas de las principales calles, para dar vivas al rey y alentar a las tropas realistas, ante la mirada desconcertada del general Sucre y sus oficiales, quienes un mes antes habían disfrutado de las mismas aclamaciones. Para colmo de su frustración, el retrato del rey Fernando fue colocado en el balcón del Ayuntamiento Constitucional por uno de sus miembros, que tan buenos servicios había prestado a la causa patriota unas semanas atrás y como si no fuera suficiente, la ciudad casi ensordeció con el repicar incesante de las campanas de la Catedral. Ahora, estos vivas y aclamaciones de la población arequipeña hacia las tropas del rey no disminuyeron en lo más mínimo, cuando se produjo el ingreso del virrey La Serna a la cabeza de un ejército de 5.000 soldados, dos días después (10 de octubre); a decir de otro testigo presencial:

Los vivas y las aclamaciones de todas las clases a los que miraban como sus verdaderos libertadores, participaban de un entusiasmo superior a todo concepto; y este heroico pueblo oprimido por más de un mes bajo el dominio de Sucre, corría apresurado en pos de nuestras tropas, del mismo modo que se precipita un torrente atropellando cuanto se opone a su curso.⁷¹

El testigo en mención, era el mariscal de campo Jerónimo Valdez, quien había acompañado al virrey la Serna desde el inicio de la campaña hasta su ingreso triunfal por las calles de Arequipa. Precisamente, con respecto a este crucial momento, nos proporciona un colorido relato no exento de exageración, cuenta Valdez, «yo vi a muchos llorar, poseído de la impresión de una escena tan deliciosa como tierna». Incluso, llegó a comparar tales momentos con aquellos que él mismo vivió durante las guerras napoleónicas en la Península, «cuando en la penúltima campaña arrojaban de ellos a los franceses las armas españolas, entrando estas en medio del alboroto general de sus habitantes». ⁷²

A pesar de las expresiones de fidelidad y juramentos públicos en nombre del rey, los jefes del ejército realista tenían sobradas razones para no considerar sinceras todas aquellas manifestaciones de civismo desmedido de la población arequipeña, pues estaban bien informadas del comportamiento veleidoso de algunos vecinos durante la ocupación patriota, incluso, del recibimiento igualmente apoteósico que les depararon; sin embargo, con el ánimo de llevar las relaciones en aparente cordialidad, promulgaron casi de inmediato una amnistía general.⁷³

Consecuencias de la ocupación colombiana

En comparación a años anteriores, 1823 resultaría enormemente perjudicial para la Intendencia de Arequipa y su fidelista población, principalmente, debido a la continua irrupción de fuerzas patriotas sobre la región, cuyas consecuencias se verían reflejadas de inmediato en, la ocupación temporal de pueblos, valles y ciudades; el cierre de los principales caminos y mercados; la desaparición del imprescindible transporte de arriaje; los inevitables saqueos y confiscaciones por soldados de ambos ejércitos; y el reclutamiento forzoso de los escasos trabajadores de haciendas y minas.⁷⁴ En definitiva, aquellas expediciones militares traerían consigo una ola de destrucción y zozobra que se habría de reflejar de manera negativa en el comportamiento de las principales actividades

69 Miller, 1975, II:62.

70 *Colección de los principales partes...*, 1824, 54.

71 Odriozola, 1873, V:381.

72 Valdez, 1898, IV:266.

73 Proctor, 1920, 174.

74 En agosto de 1822 varios ayuntamientos del partido de Tarapacá protestaron ante el comandante militar de las tropas de esa provincia, por los «gravísimos perjuicios que había producido la recluta en aquellos pueblos que esencialmente dependen de la agricultura y el trabajo de las minas y que notoriamente carecen de brazos al fundamento de estos ramos». Representación enviada por los ayuntamientos de Tarapacá al subdelegado del partido, Arequipa, 23 de agosto de 1822, AMA, Libro de Sesiones de la Excelentísima Diputación de Arequipa, n. 29, f. 11v.

económicas, como por ejemplo, la viticultura, cuya producción anual pasaría de 420.000 botijas en 1820 a 319.000 en 1823.⁷⁵ A decir de uno de los tantos damnificados de la época:

En 1823 estaban cruzando las tropas enemigas por este valle por lo que humanamente no se pudieron recoger los vinos a su tiempo y la mayor parte se avinagraron y lo poco que se recogió no dieron lugar a falquearlo así las tropas enemigas, como las de la patria, pues tres veces que mande hacer quema la consumieron toda y aún mucha parte de la cosecha de mi hacienda sucedió lo mismo de picarse porque entonces, quitaban todas las bestias y burros aún de los recogedores, dejándolos a pie.⁷⁶

Peor situación se observó en la producción minera regional, que en 1820 había alcanzado cerca de 37.400 marcos de plata, pero, para 1823 se contraería notablemente hasta unos insignificantes 413 marcos.⁷⁷ Si bien, el comercio de importaciones en la Intendencia, mantuvo el mismo ritmo de crecimiento de años anteriores, a causa de la oportuna y conveniente liberación del mercado arequipeño por parte de las autoridades virreinales a comerciantes y mercancías de todas las nacionalidades, trayendo como resultado que, a pesar del bloqueo temporal del puerto de Quilca, su aduana lograra generar excedentes por más de 44.000 pesos ese año; no sucedería lo mismo, con las otras aduanillas o tenencias localizadas en las villas de Tacna y Moquegua, cuyos ingresos resultaron tan modestos, que no pudo enviarse siquiera un peso a la tesorería principal de Arequipa, en comparación por ejemplo al año 1820, cuando remitieron 3.285 y 20.945 pesos, respectivamente.⁷⁸

En el aspecto social y durante gran parte del periodo colonial, la ciudad de Arequipa se había caracterizado por una baja incidencia de casos criminales, llámese, robos, hurtos o asesinatos; así por ejemplo, en el quinquenio de 1810-1814, el número total de delitos registrados en la ciudad fue de treinta y cuatro y entre 1815-1819, de cuarenta y cinco.⁷⁹ Esta peculiar situación de las actividades delictivas, previa a la Independencia se distinguiría también, por la inexistencia de bandas criminales y de los temibles bandoleros; además, de una cierta sectorización de los delitos, vale decir, la mayor parte de robos se produjeron en los alrededores, en barrios ubicados lejos del centro de la ciudad, en casas mayormente abandonadas y en ningún momento comprometieron las propiedades y bienes de la élite local.⁸⁰ Lamentablemente y como ya ha sido referido, durante la invasión colombiana los saqueos y confiscaciones estuvieron dirigidos en particular contra los intereses de destacadas familias locales, como los Goyeneche y de ellos, no se libraría ni el propio palacio episcopal.⁸¹ En consecuencia, el desorden y confusión desatado durante aquellos interminables días, a pesar del aparente control impuesto, resultaron bastante favorables para la aparición de algunas bandas criminales armadas, las cuales continuarían sus actividades delictivas incluso, después de la independencia.⁸² Uno de esos casos, ocurrió a pocos días del retiro de las fuerzas colombianas, cuando ocho sujetos vestidos de leva, con armas de fuego y provistos de máscaras, ingresaron a robar a una vivienda ubicada en el pueblo de Socabaya, a escasos 8 km al sur de la ciudad. Según narró una de las víctimas:

75 Buller, 2011, 379-381.

76 Juzgado Decimal. Don Antonio de Rivero pide que se le rebaje el valor del remate de Diezmos, Arequipa, 7 de noviembre de 1825, AAA, Curia Diocesana, Diezmos y Tazmías, n. 20.

77 Deústua, 1986, 254-255.

78 Plan demostrativo de los enteros hechos en esta administración del Tesoro Público, Arequipa, 4 de marzo de 1825, Archivo General de la Nación, Perú (AGN), Ministerio de Hacienda, Tesoro de Arequipa, doc. 121, f. 81c.

79 Chambers, 2003, 159.

80 Acerca de este tema, véase Condori, 2017.

81 Sobre los saqueos a las propiedades de la familia Goyeneche, el propio general Sucre señalaba, «los granos del señor obispo se tomaron por las tropas sin que nadie los entregara y corresponden por todo derecho al ejército, pero aun cuando se incluyesen en el empréstito, su valor ha sido de 8.000 pesos por los granos y no por los aguardientes que no se han ocupado». Vargas Ugarte, 1971, 91.

82 Inmediatamente después de la Independencia, la criminalidad en la ciudad experimentó un crecimiento exponencial pasando de 75 casos en el quinquenio de 1825-1829 a 138, entre 1830-1834. Muchos de los robos y asaltos serían perpetrados por soldados o desertores del ejército y en ellos estarían comprometidos vecinos, comerciantes extranjeros y los propios almacenes de la aduana de Arequipa. Chambers, 2003, 159.

Pues no contentos con habernos desnudado, enteramente quisieron quitarnos la vida, especialmente a mí y pretendieron el estupro y fuerza de mis dos menores hijas de cuyos atroces males solo pudo librarnos la divina misericordia.⁸³

Afortunadamente para algunos vecinos, todos aquellos daños y perjuicios ocasionados por las tropas colombianas, no pasarían desapercibidos en las autoridades políticas luego de recuperada la ciudad. A inicios de junio de ese mismo año, el gobierno virreinal había solicitado un empréstito de 125.000 pesos a la Intendencia, que debía ser gravado principalmente «sobre las haciendas y ganados»; aunque, dicha contribución, no llegaría ser cobrada en su momento a causa de la sorpresiva invasión.⁸⁴ Terminada ella, al intentar las autoridades retomar su cobro, muchos hacendados de la localidad solicitaron a través del intendente Juan Bautista de Lavalle una rebaja en el monto exigido, la misma que fue atendida con prontitud. Semanas después, se recibió una segunda orden superior firmada por el virrey La Serna, donde se aceptaba la rebaja de la impopular exacción a solo 50.000 pesos.⁸⁵

Todos aquellos acontecimientos bélicos ocurridos a lo largo de ese año, incluida la ocupación de la ciudad, llevarían a las autoridades virreinales a ordenar el establecimiento de un ejército permanente en la región, similar al que había existido hacía algunos años con el nombre de Cuerpo de Reserva; en este caso, se trataría del Ejército del Sur compuesto de 3.000 efectivos y comandado por el recientemente ascendido mariscal de campo, Jerónimo Valdez.⁸⁶ De la misma forma, se buscó reforzar la principal arma con la que contaba este ejército, la caballería; a cargo del brigadier Valentín Ferraz, comandante del Regimiento de Granaderos de la Guardia y gran responsable de la derrota y posterior expulsión de las fuerzas patriotas de la ciudad de Arequipa. Para este fin, a principios de noviembre, las autoridades locales acordaron la incorporación a dicho cuerpo de 300 nuevos reclutas, los que serían enrolados en las provincias de Moquegua, Camaná, Condesuyos y Caylloma.⁸⁷

Conclusiones

La ocupación de la ciudad de Arequipa por fuerzas colombianas a mediados de 1823, fue parte del inevitable proceso de expansión de la guerra de Independencia hacía distintas regiones del Perú, iniciado años atrás, luego del arribo de un ejército extranjero proveniente de Chile al mando del general José de San Martín y también, del consecuente traslado del gobierno realista hacia la sierra sur, tomando como cuartel general la ciudad del Cuzco, convertida a la postre en la última capital del Virreinato. Todo ello trajo consigo, de un lado, la apertura de varios frentes de guerra, y del otro, la permanente movilización de tropas patriotas y realistas, en dirección a Lima y la costa sur. Así, mientras algunas regiones llegaron a concentrar los mayores contingentes militares otras, serían temporalmente abandonadas.

Fue la segunda ocasión en que la urbe arequipeña era tomada por fuerzas enemigas —la primera ocurrió en noviembre de 1814, en el contexto de una revolución surgida en el Cuzco ese mismo año— y a diferencia de la vez anterior, esta última, respondía a un plan de mayor envergadura;

83 Don Fernando Carpio, marido de Doña María Jacinta Ortiz, ambos vecinos del pueblo de Socabaya, Arequipa, 19 de noviembre de 1823, ARAR, Intendencias, Causas Criminales, n. 92.

84 Pedido de reducción de empréstito, Arequipa, 17 de junio de 1823, AMA, Libro de Sesiones de la Excelentísima Diputación de Arequipa, n. 29, f. 34v.

85 Órdenes superiores del Exmo. señor Virrey al jefe Político Superior de la provincia, Arequipa, 21 de octubre de 1823, AMA, Libro de Sesiones de la Excelentísima Diputación de Arequipa, n. 29, f. 39.

86 Recuperado el control de toda la región, el virrey La Serna ordenaría la división del ejército realista en dos cuerpos, el del Norte al mando del teniente general José Canterac, con sede en el valle del Mantaro y 8.000 plazas y el del Sur. Asimismo, el general Pedro Antonio de Olañeta, quedaría a cargo del ejército del Alto Perú con 4.000 soldados, mientras en la capital cuzqueña, La Serna conservaría una pequeña fuerza de solo 1.000. García Camba, 1846, II:77-78.

87 Formación en esta capital de un escuadrón denominado la sección de yeguas, Arequipa, 3 de noviembre de 1823, AMA, Libro de Sesiones de la Excelentísima Diputación de Arequipa, n. 29, f. 40.

por tal motivo, la permanencia temporal de las tropas colombianas dentro de la ciudad, estuvo directamente relacionada al desempeño de un ejército principal —la segunda expedición a Puertos Intermedios— organizado por el gobierno independiente de Lima con el objetivo de expulsar a los realistas y tomar el control de los territorios altos peruanos. En consecuencia, una vez posesionados de la ciudad, los jefes patriotas manifestaron carecer de una política clara respecto a la población y el futuro de la guerra, salvo aprovechar su condición de dominio, para obtener recursos tanto materiales como humanos, de manera voluntaria o forzada y tendientes a asegurar su propia subsistencia; mientras ello sucedía, llevaron a cabo en realidad muy pocos cambios en el gobierno local y entre esos pocos, no estuvo consignada la proclamación de la Independencia.

Frente a aquella ocupación, la población arequipeña indefensa —las principales autoridades civiles, militares y eclesiásticas habían abandonado la ciudad— no presentaría ninguna resistencia u oposición, muy por el contrario hicieron todo lo posible para recibir a las tropas colombianas en medio de un ambiente festivo; lamentablemente, para los intereses de las fuerzas ocupantes, tal recibimiento no se tradujo en grandes contribuciones económicas o reclutamientos masivos, muy por el contrario; lo que obligaría a su general en jefe a tener que recurrir a medidas más bien coercitivas. ¿Cómo se explica aquella reticencia? Más allá de su reconocido fidelismo, a esas alturas de la guerra, la población arequipeña estaba bastante desgastada por tales contribuciones, exigidas por el gobierno virreinal y desde hacía más de una década.

Finalmente, la expulsión de las fuerzas patriotas, no solo significó el retorno de las autoridades realistas, sino también, el inicio de un corto periodo de estabilidad social, política y militar en la región. Situación, que permitió una rápida recuperación de las principales actividades económicas como la viticultura y el comercio de importaciones, además, de los ingresos de la tesorería.⁸⁸ Así, 1824, último año de dominio colonial en Arequipa, se presentó en cierta medida bastante excepcional. Situación, evidenciada a través del comportamiento o conducta un tanto despreocupada de algunos individuos o familias de la localidad. Según refiere el viajero alemán Heinrich Witt, en setiembre de ese año, se encontró con varias carpas pertenecientes a unas 40 personas entre hombres y mujeres, quienes poco antes habían llegado procedentes de la cercana villa de Camaná, con el objetivo de veranear en las cálidas playas quilqueñas.⁸⁹

Lamentablemente, aquella coyuntura de estabilidad y despreocupación terminaría por alterarse definitivamente en los últimos días del mes de diciembre de 1824, con el arribo de varias noticias inesperadas como, la derrota completa del ejército realista en la batalla de Ayacucho, la entrega de todos los territorios al ejército libertador y la pronta llegada de la primera autoridad republicana para Arequipa.

Declaración de conflicto de intereses

El autor de este artículo declara no tener conflictos de intereses financieros, profesionales o personales que pudieran haber influido de manera inapropiada en este trabajo.

Declaración de contribución de autoría

Víctor Condori: Conceptualización, Análisis formal, Investigación, Metodología, Administración de proyecto, Redacción – borrador original, Redacción – revisión y edición.

⁸⁸ Ese año, la producción vitivinícola de los valles de Vitor y Majes, los más cercanos a la ciudad de Arequipa, alcanzó las 141.685 botijas en comparación a las 124.575, del año anterior; asimismo, los ingresos aduaneros bordearon los 390.000 pesos en comparación a los cerca de 200.000 de 1823. Ello, sin considerar el consumo de mercancías provenientes de algunos valles de la costa, que en un 90 % estuvo conformado por vino y aguardientes, jabón, ají, azúcar, chancaca y miel. Véase Condori, 2024.

⁸⁹ Witt, 1992, I:35-36.

Referencias bibliográficas

- Barriga, Víctor M., *Arequipa y sus Blasones*, Arequipa, Editorial La Colmena, 1940.
- Bolívar, Simón, *Obras Completas*, La Habana, Editorial Lex, 1950, vol. I.
- Brown, Kendall, *Borbones y aguardiente. La reforma imperial en el sur peruano: Arequipa en vísperas de la Independencia*, Lima, Banco Central de Reserva del Perú/ Instituto de Estudios Peruanos, 2008.
- Buller, Carlos, *Vinos, aguardiente y mercado. Auge y declive de la economía del vino en los valles de Arequipa (1770-1853)*, Lima, Quellca, Centro de Estudios Andinos, 2011.
- Bulnes, Gonzalo, *Últimas campañas de la Independencia del Perú (1822-1826)*, Santiago, Imprenta i Encuadernación Barcelona, 1897.
- Calderón, Fernando, «Una ciudad segura para el rey. El Cabildo de Arequipa y los sucesos de La Paz en 1809», tesis de maestría dirigida por la Dra. Ivana Frasset, Castellón de la Plana, Universitat Jaume I, 2010.
- Calderón, Fernando, «El Cabildo, Justicia y Regimiento de Arequipa durante el “bienio trascendental” (1808-1810)», *Histórica*, 41:1, Lima, 2017, 81-123.
- Chambers, Sarah, *De súbditos a ciudadanos. Honor, género y política en Arequipa, 1780-1854*, Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2003.
- Colección de los principales partes y anuncios relativos a la campaña del Perú desde 29 de enero de 1821 en que tomó el mando el señor la Serna hasta fin de marzo de 1824*, Lima, Estado Mayor Jeneral del Ejército, 1824.
- Colección Documental de la Independencia del Perú, *Asuntos Militares. Defensa del Virreinato*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971, tomo VI, vol. 1.
- Colección Documental de la Independencia del Perú, *Asuntos Militares. Reimpresos de campañas, 1823-1826*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1974, tomo VI, vol. 9.
- Condori, Víctor, «Los efectos económicos de la Independencia en Arequipa: 1820-1824», en Contreras, Carlos; Mazzeo, Cristina; Quiroz, Francisco (eds.), *Guerra, finanzas y regiones en la historia económica del Perú*, Lima, Banco Central de Reserva del Perú- Instituto de Estudios Peruanos, 2010, 173-218.
- Condori, Víctor, «Guerra y economía en Arequipa: las actividades del español Lucas de la Cotería en una coyuntura de crisis, 1821-1824», *Revista de Indias*, 71:253, Madrid, 2011, 827-858. <https://doi.org/10.3989/revindias.2011.i253>.
- Condori, Víctor, «Vicisitudes de un comerciante arequipeño durante la Independencia: Juan Mariano de Goyeneche, 1821-1824», *Revista Archivo Arzobispal de Arequipa*, 9, Arequipa, 2015, 69-84.
- Condori, Víctor, «Robos, hurtos y asesinatos en Arequipa a fines de la Colonia, 1780-1824», tesis de maestría, Arequipa, Universidad Católica San Pablo, 2017.
- Condori, Víctor, «Economía y empresa a inicios de la República: los comerciantes extranjeros en Arequipa, 1821-1854», *Historia Económica & Historia de Empresas*, 23:1, Sao Paulo, 2020, 133-163. <https://doi.org/10.29182/hehe.v23i1>.
- Condori, Víctor, «Comerciantes, contrabandistas y corsarios en Arequipa durante las guerras de independencia, 1821-1824», en Arrambide, Víctor; McEvoy, Carmen; Velázquez, Marcel (eds.), *La Expedición Libertadora. Entre el Océano Pacífico y los Andes*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2021, 573-599.
- Condori, Víctor, *Arequipa y la Independencia. Política, guerra y economía, 1818-1825*, Arequipa, Universidad Nacional de San Agustín, 2024 [en prensa].
- Del Valle de Siles, María, *Historia de la rebelión de Tupac Catari, 1781-1782*, La Paz, Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2019.
- Deústua, José, *La Minería Peruana y la Iniciación de la República: 1820-1840*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1986.
- Díaz Venteo, Fernando, *Las campañas militares del virrey Abascal*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1948.
- Estado Mayor General del Ejército, *Biografía del excelentísimo señor teniente general Don Valentín Ferraz*, Madrid, Imprenta de D. Pedro Montero, 1854.
- García Camba, Andrés, *Memorias para la historia de las Armas Españolas en el Perú*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de D. Benito Hortelano, 1846, tomos I y II.
- Gibbs, John Arthur, *The History of Antony and Dorothea Gibbs and of Their Contemporary Relatives: Including the History of the Origin & Early Years of the House of Antony Gibbs and Sons*,

- Londres, Saint Catherine Press, 1922. Disponible en: <https://gibbsfamilytree.com/tng/histories/Antony-Dorothea-Ch-18Annex.pdf> [Acceso: 20/06/2023].
- Malamud Rikles, Carlos, «La consolidación de una familia de la oligarquía arequipeña: Los Goyeneche», *Quinto Centenario*, 4, Madrid, 1982, 49-136.
- Meza, Mario y Condori, Víctor, *Historia Mínima de Arequipa. Desde los primeros pobladores hasta el presente*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2018.
- Miller, John, *Memorias del general Guillermo Miller*, Lima, Editorial Arica, 1975, tomos I y II.
- Morán, Daniel; Yarango, Jesús y Carcelén, Carlos, «“Sirvase su majestad”: Los donativos regionales durante el gobierno del virrey Abascal según la Minerva Peruana y La Gaceta del Gobierno de Lima, 1808-1816», *Historia Regional*, 48, Villa Constitución, 2023, 1-17. <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s24690732/5ba5wxjia>.
- Neira Avendaño, Máximo; Galdos Rodríguez, Guillermo; Málaga Medina, Alejandro; Quiroz Paz Soldán, Eusebio y Carpio Muñoz Juan, *Historia General de Arequipa*, Lima, Fundación M. J. Bustamante de la Fuente, 1990.
- Odriozola, Manuel de, *Colección de documentos históricos del Perú*, Lima, Imprenta del Estado, 1873, tomo V.
- O’Leary, Daniel Florencio, *Memorias del general O’Leary. Documentos*, Caracas, Imprenta de «El Monitor», 1883, tomo XIX.
- Paredes, Karina y Suyo, Helbert, «La ciudad, el ayuntamiento y el intendente de Arequipa frente a la revolución del Cuzco, 1814-1815», tesis de licenciatura, Arequipa, Universidad Nacional de San Agustín, 2018.
- Paz Soldán, Mariano Felipe, *Historia del Perú Independiente, Segundo Periodo 1822-1827*, Lima, Imprenta y Estereotipia del Autor, 1870, tomo I.
- Peralta Ruíz, Víctor, *La independencia y la cultura política en el Perú (1808-1821)*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos-Fundación M. J. Bustamante de la Fuente, 2010.
- Proctor, Roberto, *Narraciones del viaje por la Cordillera de los Andes y residencia en Lima y otras partes del Perú en los años 1823 y 1824*, Buenos Aires, Administración General Vaccaro, 1920.
- Pruvonen, P., *Memorias y documentos para la Historia de la Independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido esta*, París, Librería de Garnier Hermanos, 1858, tomo I.
- Quiroz Paz Soldán, Eusebio, «Aspectos Económicos de la Independencia de Arequipa 1790-1830», tesis doctoral, Arequipa, Universidad Nacional de San Agustín, 1976.
- Rey de Castro, José María, *Recuerdos del Tiempo Heroico, páginas de la vida militar i política del Gran Mariscal de Ayacucho*, Guayaquil, Imprenta de Calvo y Compañía, 1883.
- Riveros, Guido, «El cabildo de Arequipa en una coyuntura de crisis, 1809-1824», en Estenssoro, Juan Carlos y Méndez, Cecilia (coords.), *Narra la Independencia desde tu pueblo*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos-Instituto de Estudios Peruanos, 2017, 23-58.
- Sobrevilla Perea, Natalia, «Las campañas a los puertos intermedios y la fase “peruana” de la independencia», *Revista de Indias*, 81:281, Madrid, 2021, 115-141. <https://doi.org/10.3989/revindias.2021.i281>.
- Sucre, Antonio José, *De mi propia mano*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho-Banco Central de Venezuela, 2009.
- Suyo, Helbert, «Conspiraciones, sediciones y revolución en la Intendencia de Arequipa: 1809-1815», tesis de maestría, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2020.
- Valdés, Jerónimo, *Documentos para la historia de la Guerra Separatista del Perú. Traición de Olañeta*, publicado por el Conde de Torata, Madrid, Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1898, tomo IV.
- Vargas Ugarte, Rubén, *Documentos inéditos sobre la campaña de la independencia del Perú 1810-1824*, Lima, Carlos Milla Batres editor, 1971.
- Vargas Ugarte, Rubén, *Historia General del Perú*, Lima, Carlos Milla Batres editor, 1981, tomo VI.
- Wibel, John, «The Evolution of a Regional Community within Empire Spanish and Peruvian Nation. Arequipa 1780-1845», tesis doctoral, Stanford University, 1975.
- Witt, Heinrich, *Diario 1824-1890. Un testimonio personal sobre el Perú del siglo XIX*, Lima, Banco Mercantil, 1992, tomo I.
- Zegarra Meneses, Guillermo, *Arequipa, en el paso de la Colonia a la República. Visita de Bolívar*, Arequipa, Cuzzi y Compañía, 1973.